

MIGRACIONES, EXODOS Y LIBERACIÓN

Perspectiva Bíblico-Teológica (por Elsa Tamez)

Desde hace ya un par de años se ha comenzado a reflexionar sobre migración como lugar teológico. Es decir, se reflexiona bíblica y teológicamente a partir de las experiencias de los migrantes desde su salida, travesía y llegada. Ese lugar teológico es un espacio de encuentro entre Dios y el migrante donde la divinidad se va revelando como aquella que se hace migrante junto al migrante, aquella que le acompaña en las adversidades de la travesía y aquella que, o anima la esperanza en la llegada¹, o acompaña en la tristeza en el espacio ajeno cuando los migrantes han sido arrancados a la fuerza de su tierra. Porque la migración es polivalente. Hay migrantes que emigran por voluntad propia, porque necesitan otros horizontes para alcanzar una nueva vida, y hay migrantes que son sacados a la fuerza, o se desplazan contra su voluntad. La divinidad con sus diferentes rostros se desdobra y se hace presente en cada una de las facetas que acontecen en los movimientos migratorios.

En esta conferencia voy a centrarme en la migración y desarraigo en la Biblia, retomando varios relatos o discursos bíblicos como paradigmas. Comenzaré con el relato del Éxodo como referente fundamental de liberación, continuaré con la emigración forzada en los exilios de Asiria y Babilonia. Como tercer punto me referiré a la experiencia cotidiana de la inmigración, tomando

1

como ejemplo las leyes mosaicas sobre el extranjero y el libro de Rut.

Concluiré con la metáfora del pueblo de Dios como extranjero y peregrino que aparece en el Nuevo Testamento.

La liberación del imperio egipcio como hecho fundante en la formación e identidad de un pueblo.

El éxodo, es decir la salida o liberación de Egipto de los hebreos, ha sido considerado un hecho fundante en la formación del pueblo del Israel bíblico. Fue durante la trayectoria de la salida-liberación de los extranjeros esclavos en Egipto que los distintos grupos llamados apirú/hebreos se unieron y se fueron constituyendo en pueblo: la organización, la lucha, los pactos, la utopía y la acogida del Dios que los liberó, llamado Yahvé, fueron elementos importantes que dieron consciencia y consistencia de pueblo a los esclavos extranjeros en Egipto, que emigraron a otra tierra con la esperanza/promesa de una tierra incomprable. En Siquem se hizo el pacto de “ser pueblo” cuando Josué se dirige a todos los migrantes hebreos de distintos pueblos. Después de narrar la liberación de Egipto, la travesía por el desierto y la llegada a la nueva tierra, Josué los pone a elegir entre Yahvé, el Dios que les acompañó en todo el trayecto desde la salida hasta la llegada, y los dioses de sus antepasados, o los dioses del país de llegada. El pueblo elige y se une alrededor de alrededor de Yahvé, el Dios liberador de la opresión de Egipto.

“Pero, si no os parece bien servir a Yahveh, elegid hoy a quién habéis de servir, o a los dioses a quienes servían vuestros padres más allá del Río, o a los dioses de los amorreos en cuyo país habitáis ahora. Yo y mi familia serviremos a Yahveh.» 16El pueblo respondió: «Lejos de

nosotros abandonar a Yahveh para servir a otros dioses. 17Porque Yahveh nuestro Dios es el que nos hizo subir, a nosotros y a nuestros padres, de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre, y el que delante de nuestros ojos obró tan grandes señales y nos guardó por todo el camino que recorrimos y en todos los pueblos por los que pasamos. (Josué 24,15-17, BJ)

El punto de partida del éxodo es la rebelión de la explotación en el trabajo esclavo de grupos de inmigrantes. Se trata de un descontento generalizado de los trabajadores por el maltrato y opresión que reciben de parte del gobierno egipcio, el faraón que les obliga a construir grandes edificios. La historia sagrada hebrea narra sus clamores y la forma como el Dios llamado Yahvé les escucha y les ayuda a liberarse, por medio de una lucha liderada por Moisés (Ex. 1-15). La trayectoria de la migración es larga y peligrosa (Ex. 15-18); atraviesa el desierto, pero el texto recalca la presencia del Dios Yahvé que se vuelve migrante con el migrante. Esta experiencia de opresión, liberación, desierto y tierra prometida, ha sido referida frecuentemente como ejes fundantes, raíces profundas en la teología cristiana.

Se ha hecho énfasis en el trabajo esclavo y la liberación, pero poco se ha visto el movimiento migratorio como eje fundante en la conformación e identidad de un pueblo. Especialmente cuando en este caso se trata de movimientos de inmigración e emigración. La inmigración de la gente a Egipto ocurre por el hambre, se busca una mejor condición de vida. Uno de los clanes que inmigra son los descendientes de Jacob/Israel, como éste otros inmigran para satisfacer sus necesidades básicas. Pero cuando las condiciones cambian y son esclavizados, los grupos se levantan en rebelión y emigran de Egipto

para liberarse de la opresión. Los hebreos no son egipcios oprimidos por egipcios, son extranjeros que trabajan como esclavos para el Imperio Egipcio. A pesar de que varias generaciones ya se habían asentado en ese imperio, siempre fueron extranjeros. Y lo fundamental aquí es que el recuerdo de ser inmigrante, de ser extranjero en Egipto, será una marca que les acompañará siempre, en donde quiera que estén, como un recordatorio en su relación con los extranjeros, y no solo eso, sino que será una marca de identidad. Las leyes establecidas posteriormente tendrán como referencia su identidad de extranjeros para no maltratar a otros extranjeros: “no maltrates al extranjero o inmigrante, porque tú también fuiste extranjero en Egipto” (Ex. 22,20). En otras palabras, la experiencia del pueblo de Israel en Egipto “sirvió para que en su legislación apareciera el respeto al extranjero y un principio de igualdad que proscribiera toda discriminación.”² En Canaán también habitarán entre extranjeros y serán considerados extranjeros, por más que afirmen que Dios les dio la tierra en heredad. La tierra será prestada porque pertenece a Yahvé. “Mía es la tierra, en mi tierra sois extranjeros” (Lev. 25,33).

El teólogo belga, André Wenin, en uno de sus artículos habla de la importancia de la conciencia que el Israel bíblico tiene de ser extranjero, eso lo marca como su propia identidad. El extranjero no es el otro, como comúnmente se dice, sino uno mismo, que guarda una conciencia, un sentirse extranjero. Sentirse extranjero es una cuestión ética según Wenin, no solo permite

2

establecer relaciones igualitarias entre inmigrantes, incluso a través de las leyes, sino también es un acto de liberación, pues, de acuerdo a Wenin, le libera de la codicia. El antepasado Abraham “es llamado a salir y dejar todo lo que se tiene para ir hacia lo que no se tendrá”, porque la tierra no podrá ser poseída. “La tierra no puede venderse para siempre, porque la tierra es mía, ya que vosotros sois para mí forasteros y huéspedes” (Lev 25,23).

Ya desde los orígenes, anteriores al relato del éxodo, hay conciencia de una emigración originaria. El nomadismo de los antepasados, así como la experiencia de inmigrantes oprimidos en Egipto son la autoimagen que no deberá olvidar el israelita para no caer en la codicia de posesión de tierra y acumulación de riqueza, pues la no-posesión se opone a la codicia. Todos sus descendientes deberán recordar, generación por generación, como una breve confesión de fe, como un credo, los orígenes migrantes de su “progenitor”. Sus raíces son arameas y peregrinas. Dice Dt. 26,5: “Tú pronunciarás estas palabras ante Yahvé tu Dios: ‘Mi padre era un arameo errante que bajó a Egipto y residió allí como inmigrante siendo pocos aún, pero se hizo una nación grande, fuerte y numerosa. Los egipcios nos maltrataron e impusieron dura servidumbre. Nosotros clamamos a Yahveh Dios de nuestros padres, y Yahveh escuchó nuestra voz; vio nuestra miseria, nuestras penalidades y nuestra opresión, y Yahveh nos sacó de Egipto con mano fuerte ... Y ahora yo traigo las primicias de los productos del suelo’. Después te regocijarás por todos los bienes que Yahvé tu Dios te haya dado a ti y a tu casa, y también se regocijará el levita y el forastero que viven en medio de ti”. Esta confesión de fe fue

olvidada en varias ocasiones de la historia de Israel, como durante la monarquía. En ese tiempo la codicia obnubiló los ojos de sus gobernantes. Posteriormente, la dura experiencia del exilio volvió a darles conciencia de su identidad de inmigrantes que añoran volver a la tierra soñada pero que no es posesión de ellos.

Para Wenin esta identidad y vocación de migrante de Israel es la de todo ser humano. Pues “sentirse extranjero produce una reconciliación consigo mismo, que cura de raíz la codicia y los miedos”. Además, propicia un encuentro igualitario con el otro. Y esto es lo más importante, no solo el andar por aquí y por allá.³ Al final de esta conferencia veremos cómo en el Nuevo Testamento reaparece el tema de la identidad de extranjeros y peregrinos, refiriéndose a las comunidades de fe, seguidoras del Resucitado.

El desplazamiento forzoso: las invasiones de los imperios de Asiria y Babilonia

Las migraciones de los antepasados del Israel bíblico siempre fueron voluntarias, como nómadas buscaban nuevas condiciones de vida cada vez que se necesitaba. Pero la salida al exilio fue forzada y muy dolorosa.

Según los datos del texto bíblico, Tiglat-piléser (745-727a.C.), rey de Asiria, dio inicio a la estrategia de desplazar poblaciones de un lugar a otro para evitar rebeliones y fortalecer su poder. Así, Sargón II, sucesor de

³ Sobre Asiria y Babilonia véase Elsa Tamez, “Migración y desarraigo en la biblia”, *Pasos DEI*, número especial, 7, (1998) pp 17-23.

Salmanasar, hijo de Tiglat-piléser, al tomar las ciudades de Samaria (722 a. C.) se llevó cautivos a Mesopotamia a un gran número de habitantes (27.290 según inscripciones de Sargón) del reino de Israel (la parte norte del estado monárquico) (2Re. 17,6;18,11), y así mismo trasladó cautivos de otros pueblos para habitar la parte conquistada (2Re. 17,24). Esta mezcla de población arrastraría problemas de discriminación dentro del mismo pueblo judío por siglos, incluso en el tiempo de los romanos.

El texto bíblico registra varias deportaciones del reino de Judá al exilio en Babilonia en el siglo VI AE hacia Babilonia. Desde la realeza, nobleza y gente acomodada, hasta parte del pueblo (Cf. 2Re.24,12-17; 2Re.25,8-21; Jer.39,8-10; 52,28). Los más pobres, campesinos, se quedaron en Judá. Según el profeta Ezequiel (3,15) había exiliados instalados en Tel Abib, junto al río de Kebar, las zonas abandonadas o desbastadas.⁴

La experiencia del exilio marcó profundamente su vida y su fe. Se trata de la experiencia de ser desplazado a la fuerza, militarmente, por un imperio, hacia un lugar extraño, lejos del lugar de la tierra que le es familiar. Asiria y Babilonio fueron los dos imperios que más afectaron la experiencia como exiliados. Los Salmos y otros textos recuerdan la experiencia amarga del cautiverio en Babilonia. Una experiencia de humillación. Así, el Salmo 137

⁴ Otros piensan que fueron ubicados en las zonas más convenientes. Lo más probable era que había inmigrantes en las dos partes

refleja la crisis de fe de los deportados a Babilonia y la nostalgia del recuerdo de su ciudad querida:

A orillas de los ríos de Babilonia estábamos sentados y llorábamos,
acordándonos de Sión;
en los álamos de la orilla teníamos colgadas nuestras cítaras.
Allí nos pidieron nuestros deportadores cánticos, nuestros raptos
alegría:
«¡Cantad para nosotros un cantar de Sion!»
¿Cómo podríamos cantar un canto de Yahveh en una tierra extraña?
¡Jerusalén, si yo de ti me olvido, que se seque mi diestra!
¡Mi lengua se me pegue al paladar si de ti no me acuerdo, si no alzo a
Jerusalén al colmo de mi gozo! (137,1-6, BJ).

El exilio, podría decirse, es una experiencia universal. El poeta argentino, Juan Gelmán, escribió en Roma en 1980 un conmovedor poema, que alude a la experiencia del exiliado. Parte de ese poema dice así:

No debiera arrancarse a la gente de su tierra o país, no a la fuerza.
La gente queda dolorida, la tierra queda dolorida.
Nacemos y nos cortan el cordón umbilical. Nos destierran y
nadie nos corta la memoria, la lengua, los calores. Tenemos que
aprender a vivir como el clavel del aire, propiamente del aire.
Soy una planta monstruosa. Mis raíces están a miles de
kilómetros de mí y no nos ata un tallo, nos separan dos mares
y un océano. El sol me mira cuando ellas respiran en la noche,
duelen de noche bajo el sol. (Roma, 14 de mayo de 1980)

Así muchos exiliados o refugiados, pasan la vida como viviendo en espera, en “stand by”, en permanente incertidumbre. No hay deseo de echar raíces, de refamiliarizarse en la tierra de llegada, ni de profundizar la interculturalidad; hay solo experiencia de desarraigo. De los dos espacios en

los cuales se habita, el físico (donde viven) y el imaginado (-que dejaron), “el imaginado anamnético predomina en su existencia”.⁵

Por la manera como son narrados en la Biblia los lamentos del exilio, seguramente la invasión y toma de la ciudad tuvo que ser atroz. Jerusalén fue quemada, el templo destruido, los muros de la ciudad derribados y miles de personas, adultos y niños, pasados por cuchillo. Los sobrevivientes llevados al exilio mantuvieron esas imágenes en sus recuerdos, hasta el fin de sus días.

Hubo esfuerzos de interpretar teológicamente esa situación. En un principio los profetas la consideraron un castigo divino, por el comportamiento opresivo y corrupto de sus gobernantes. No obstante, más tarde, cuando se fueron integrando a la comunidad babilónica, algunos, como el profeta Isaías, interpretaron el exilio como la vocación de un llamado de Dios a ser luz entre las naciones. Wenin diría: a recuperar su identidad de extranjeros que los aleja de la codicia⁶.

Esta experiencia bíblica del exilio, así como la experiencia de liberación del éxodo han sido considerados paradigmas de reflexión teológica desde la experiencia de los exilios causadas por las dictaduras o guerras contemporáneas donde priman los intereses de los países más poderosos política, económica y militarmente.

Amor y solidaridad con los inmigrantes

5

6

Los migrantes que emigran por voluntad propia buscan ampliar horizontes, mejorar su situación económica, ayudar a las familias que se quedan. En el siguiente relato alguien, llamado Carlos, refleja los sentimientos de los migrantes, y también algo del espíritu de migrantes que tenemos los humanos

Mi historia es una más de tantas, hace 29 años llegaba a Caracas desde Argentina en busca de un futuro mejor. Hoy hace tres años que vivo en Israel con mi familia. Hemos pasado por las alegrías, tristezas, fracasos y éxitos. Me siento bien, miro hacia el pasado y siento la nostalgia por la tierra que me vio nacer. El futuro: la esperanza de sacar nuestro negocio adelante. Creo que la necesidad de ampliar nuestros horizontes es algo que está en la genética, en la sangre, en el tiempo. Es parte de la evolución. Así, hemos ido poblando nuestro hermoso planeta azul. Todo cambia, pero seguimos en movimiento a través del firmamento. Sueño con el día en que podamos viajar a donde deseemos, algún día.⁷
Como dijimos antes, este proceso en el movimiento migratorio está

siendo reflexionado como lugar teológico. Los estudios de las experiencias de migrantes constatan que la experiencia de fe es la que empieza a funcionar desde el punto de partida hasta el punto de llegada. La visión teológica de Dios y de Jesucristo va cambiando. A Dios se le ve como acompañante en el camino, como la *shekina* (metáfora sacada del Éxodo bíblico) que les ampara de día y de noche. Nuevos títulos cristológicos van apareciendo a lo largo de la trayectoria, como el Cristo migrante, el Cristo de “espalda mojada” (los que atraviesan el río Bravo), El Cristo solidario que se hace migrante con el migrante. Por eso gusta citar el texto de Mateo 25 “era forastero y me acogisteis”. María es vista como “Madre de los migrantes”, “Señora de todas las razas”, “Señora de todos los idiomas”, “Madre de migrantes, caminantes y peregrinos”. Para

⁷ BBC Mundo.com; Martes, 9 de marzo de 2004. http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/forums/newsid_3455000/3455261.stm.

Jaume Botey Vallés, todos somos igualmente inmigrados y nómadas, todos nacemos iguales y sin papeles delante de Dios.⁸

En las discusiones dentro de la teología de la migración se ha postulado la hospitalidad como principio de acogida hacia el migrante⁹. Por eso, entre los textos Bíblicos favoritos de los inmigrantes actuales están las leyes mosaicas que defienden a los extranjeros, al *ger*, en hebreo. El *ger* es aquel que ha abandonado su patria debido a cuestiones económicas, políticas u otros motivos similares, y sale de su tierra en busca de un lugar en el cual pueda hacer realidad sus aspiraciones. En el texto bíblico, el *ger* es pobre y contado entre los pobres; no puede poseer tierra¹⁰. Pero las leyes del pueblo en el cual reside le amparaban. Éstas prohibían su opresión y explotación, el *ger* tenía derecho a recibir ayuda, así como la viuda y el huérfano, pues eran contados como vulnerables por no tener quien velara por ellos. Estos, de acuerdo a Dt.10,18, están bajo la protección de Dios. Los israelitas no sólo no deben discriminarlos, sino que deben amarlos (Lv.19,33.34; Dt.10,19). De acuerdo a la Ley tenían los derechos del año sabático, el alimento durante el descanso de la tierra. En fin, contaban con la misma legislación, como cualquier israelita (Dt.1,16). No es raro que *ger* aparezca a la par del término *toshab*, huésped, peregrino. Esto es importante, porque, como bien se sabe, en la antigüedad la

8

9

10

hospitalidad era una virtud muy preciada, un deber frente al peregrino. El huésped era totalmente protegido por el anfitrión.¹¹

Aparte de estos textos de la legislación mosaica que defienden a los inmigrantes, se alude con cierta frecuencia al relato de Rut y Nohemí. Dos mujeres, una nuera extranjera moabita que se solidariza con su suegra judía Nohemí, sola y pobre, y decide acompañarla a su tierra. Nohemí había salido con su familia al extranjero, a Moab, por falta de pan en su pueblo Belén. Allí sus hijos se casan con moabitas y la familia logra sobrevivir, pero poco después el esposo y los hijos de Nohemí mueren. Ella se queda sola, con sus nueras, ambas moabitas. Nohemí decide regresar a su lugar de origen. Una de las nueras, Orfa, decide -con todo derecho- a no emigrar al país de su suegra, pero la otra, Rut, decide acompañarla, emigra con la suegra viuda, por solidaridad. La historia es conmovedora y a favor de la inmigrante Rut, pero eso no es lo más importante. Lo que llama la atención es que el libro es una respuesta contracorriente a una situación de menosprecio total por las mujeres extranjeras en un momento histórico bajo el mando de la casta sacerdotal (Esdras), en que ellas, las mujeres extranjeras son vistas como la causa de los males en Israel, justamente por ser extranjeras. En el libro de Rut se ensalza a la extranjera, a pesar de que ella proviene de Moab, un país enemigo de Israel. Ella es bien acogida y vista como heroína en la narrativa; incluso al final se dice que ella es para Nohemí mejor que 7 hijos varones (4.15), como sabemos esa

¹¹ Elsa Tamez, "Migración y desarraigo en la Biblia", *Pasos*

sería una hipérbole en la acogida de Rut; todo por su comportamiento solidario con su suegra. Además, de manera intencional la narrativa incluye una genealogía en el cual se menciona que el hijo de Rut es el abuelo del padre del rey David.

Aquí tenemos un caso de afinidad, un hecho importante para ser tomado en la perspectiva ecuménica intercultural. De acuerdo al estudio de Jorge Castillo Guerra¹², de la universidad Javeriana de Bogotá, La lectura intercultural de las experiencias de migrantes hace notar que “en las teorías sobre el reconocimiento del otro y de su otredad se tiende a sobrecargar la diferencia, así, la diversidad cultural se ve insalvable y hasta problemática”. Para Castillo Guerra se debería asimismo considerar la afinidad, y no solo la otredad, pues la atención en la afinidad con el otro ayuda a establecer una mejor relación y convivencia.

En el marco de la hospitalidad como principio de acogida, tenemos en Rut una acogida mutua, tanto del inmigrante como del residente. Pues no solo se da de parte de los habitantes del lugar donde vive como inmigrante, sino de parte de la extranjera. Rut fue quien primero acogió a Nohemí solidarizándose en su pobreza y abandono. En este sentido, el libro se presenta como un aporte a la teología de la hospitalidad e interculturalidad, pues la hospitalidad sola ha sido vista como un buen principio, pero se ha criticado en el sentido de

¹² *Theologica Javeriana*, vol. 64 no. 176 (2013), pp. 368-400.

que deja al inmigrante sin rostro, sin participación. Solamente se exhorta a los habitantes del país receptor a ser hospitalarios con los inmigrantes sin tomar en cuenta el diálogo intercultural que invita a escuchar a los inmigrantes y a aprender de ellos y ellas.¹³ Rut, la extranjera, le devolvió la alegría a Nohemí, aquella mujer que pedía que la llamaran amarga. Un libro así, que sale en el tiempo que expulsan a las mujeres extranjeras es ciertamente un aporte contracorriente. Es un libro que hay que retrabajar a la luz de los menosprecios y maltratos que sufren los migrantes de hoy.

El pueblo de Dios (la *ekklesia*) como extranjero

En el Nuevo Testamento se alude a las comunidades de fe como iglesia extranjera o peregrina. Los términos (*paroikos* o *parepidēmos*) tienen connotaciones sociopolíticas. Se trata de personas que viven en un lugar que no es su lugar de residencia, ellos son residentes temporales, extranjeros o forasteros. Otro término usado a la par de *paroikos* es *tseño*, el cual alude a desconocido, lo extraño, a lo no-familiar, aquello que causa sorpresa. (Semantic Domain dictionary). Los términos los encontramos en 1 Pedro (1.1, 17; 2.11 y en el libro de Hebreos. En Hebreos ocurre cuando hace un recuento de los antepasados que vivieron por la fe, como extranjeros y peregrinos. Se menciona por nombre a Abraham y Sara; Abraham por ser extranjero se ve obligado a comprar un pedazo de tierra para enterrar a su esposa. Hebreos no alude al pueblo de los antepasados solo por su carácter de nómadas, sino de

¹³ Ibid., 389

peregrinos en esta tierra que andan ligeros, de paso, con la esperanza puesta en una ciudad futura, una patria otorgada por Dios.

En la fe murieron todos ellos... confesándose extraños/extranjeros (*tseños*) y forasteros y *parepidēmoi* sobre la tierra. ... dan a entender que van en busca de una patria... más bien aspiran a una mejor, a la celestial. Por eso Dios no se avergüenza de ellos, de ser llamado Dios suyo, pues les tiene preparada una ciudad. (Heb 11.13-16)

Es interesante que el texto agregue que Dios no se avergüenza porque son diferentes, extraños.

En la Primera Carta de Pedro, tenemos dos términos sinónimos (*paroikos* o *parepidēmos*), que, como dijimos arriba tienen connotaciones sociopolíticas, son migrantes sin derechos, que sufren discriminación por su condición de inmigrantes¹⁴, tanto por su etnia como por su fe. El saludo de la carta va dirigido a los forasteros de la dispersión que están en Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia. Al usar el término dispersión, obviamente se refiere a judíos cristianos, como sucede en el saludo de la carta de Santiago, quienes sus destinatarios son inmigrantes y sufren discriminación también por ser inmigrantes, por su etnia y por su fe.¹⁵ Sin embargo, en el resto de la carta de 1 Pedro la designación de forasteros va más allá de la designación étnica. Tiene que ver con el carácter de peregrinos, pasajeros por esta tierra. Alude a un comportamiento propio de los seguidores del resucitado. La Biblia de Jerusalén traduce “Sean santos en todo lo que hagan ... vivan con temor reverente mientras sean peregrinos en este mundo” (1 P 1.17). Para estos que no tienen

¹⁴ John Elliot

¹⁵ Una circular para migrantes

residencia permanente ni ciudadanía en este mundo se le pide ser ejemplo en la manera de vivir en una sociedad hostil, como la del imperio romano:

Queridos hermanos, les ruego como a extranjeros y peregrinos en este mundo, que se aparten de los deseos pecaminosos que combaten contra la vida. Mantengan entre los incrédulos una conducta tan ejemplar que, aunque los acusen de hacer el mal, ellos observen las buenas obras de ustedes y glorifiquen a Dios en el día de la salvación.(1P 2,11-12)

Pero el caso más interesante lo encontramos en Pablo en su carta a los Filipenses, de manera indirecta, pero clara con respecto a una posición política en cuanto al estado de ser ciudadanos de un estado celestial.

Pablo no utiliza el término griego usado en 1 Pedro y Hebreos para “extranjeros” o “forasteros”, pero sí en cuanto a contar con una ciudadanía que es distinta a las de los países poderosos. Pablo exhorta a sus destinatarios, seguidores del resucitado, que deben mostrar una manera de vivir diferente, de acuerdo a su ciudadanía celestial, la cual difiere de la ciudadanía romana.

Pablo, desde la prisión, encadenado como prisionero político por pertenecer al movimiento del Resucitado, escribe a la comunidad del movimiento del Resucitado en Filipo, una colonia romana. Sus destinatarios, un grupo de ciudadanos romanos y de no-ciudadanos griegos y tracios, se habían solidarizado con el prisionero Pablo enviándole una ayuda económica a la prisión. En dos ocasiones Pablo alude a una ciudadanía (*politeuma*) distinta a la de esta tierra, refiriéndose a la romana. Lo hace de manera exhortativa. En el primer caso les pide que se comporten o “lleven una vida digna del Evangelio”, detrás del término “llevar una vida” está el sentido de comportarse como

ciudadanos dignos del Evangelio. Ellos pertenecen también al movimiento del resucitado y corren peligro de persecución. Por eso les indica: “para que yo oiga de vosotros que os mantenéis firmes en un mismo espíritu y lucháis acordes por la fe del Evangelio, sin dejaros intimidar en nada por los adversarios.” (1,27-28^a). Los adversarios son sus conciudadanos romanos. Sus destinatarios corren peligro, por eso les dice: “Pues a vosotros se os ha concedido la gracia de que por Cristo no sólo creáis en él, sino también que padezcáis por él, sosteniendo el mismo combate en que antes me visteis y en el que ahora sabéis que me encuentro”. (1,29-30)

El otro lugar en donde aparece la ciudadanía llamada celestial es en 3,12-21. En estos textos exhorta a un que tengan un estilo de vida propio de quienes tienen la ciudadanía en el cielo. Ya les había exhortado a que se condujeran de manera ejemplar “en medio de una generación tortuosa y perversa, en medio de la cual brilláis como antorchas en el mundo” (2,15). No es fortuito que Pablo mencione la palabra ciudadanía justamente en la carta que envía a una comunidad que está en una colonia romana.

Desgraciadamente siempre se menciona la ciudadanía celestial como aquella de otro mundo en el sentido de que los cristianos no deben relacionarse con la sociedad y la política. Esto está totalmente ausente en estos textos, profundamente políticos. La intención más bien es que no sigan los valores de la sociedad romana que contradicen los valores de solidaridad y

equidad del Reinado de Dios proclamado por Jesús. La ciudadanía celestial es la ciudadanía del reino; de aquellas comunidades que viven con conciencia de ser extranjeras, lejos de la tentación producida por la codicia de la posesión de tierra y de la acumulación de las riquezas. La *ekklesia* peregrina no es prepotente, reconoce su fragilidad y vulnerabilidad debido a la exclusión y marginación por su estatus de extranjera.

Este último punto que habla de una *ekklesia* peregrina, nos lleva de nuevo al inicio de la conferencia en la cual se vio la identidad y conciencia del pueblo de Dios de ser extranjero cuando se liberó de la esclavitud del imperio egipcio y se constituyó como pueblo. Los seguidores del Jesús resucitado, nosotros y la Iglesia, somos invitados a tomar conciencia de que también somos extranjeros. Esto es importante porque considerarse a sí mismo migrantes en este mundo pone barreras para discriminar y oprimir a otros migrantes y, sobre todo, contribuye a apartarse de los deseos codiciosos de establecerse para poseer y dominar en el actual mundo corrupto e injusto.

Esto no es otra cosa que imitar al inmigrante Jesús de Nazaret, el Resucitado. En la Carta a los filipenses, Jesucristo, el hijo de Dios, es visto como aquel inmigró a nuestro planeta por amor a la humanidad (Fil 2.6-7), se inculturó haciéndose humano y esclavo, para mostrar el camino que humaniza y para que se viva como ciudadanos del Reino de Dios, sin importar el lugar

que se tenga la residencia física, sin necesidad de pasaportes o visas para mostrar dignidad.

Para las comunidades eclesiales apátridas no queda más que portarse como ciudadanos dignos de esa ciudadanía celestial, en espera de esa ciudad prometida que emigrará a esta tierra. Una ciudad donde todos y todas tienen cabida, y donde ya no habrá llanto ni dolor porque su gobernador, Dios, no exigirá papeles, todos serán ciudadanos, y la divinidad, como una madre, limpiará las lágrimas de los eternos migrantes y se alegrará con ellos y ellas.

Conferencia pronunciada en el encuentro de la Asociación de Teólogos Juan XXIII
Madrid, Madrid
Septiembre, 10, 2016